EDITORIAL

La titánica tarea de escribir un artículo científico para futuros científicos

Dr. Gustavo A. Hernandez-Fuentes
ORCID: 0000-0003-4685-3095

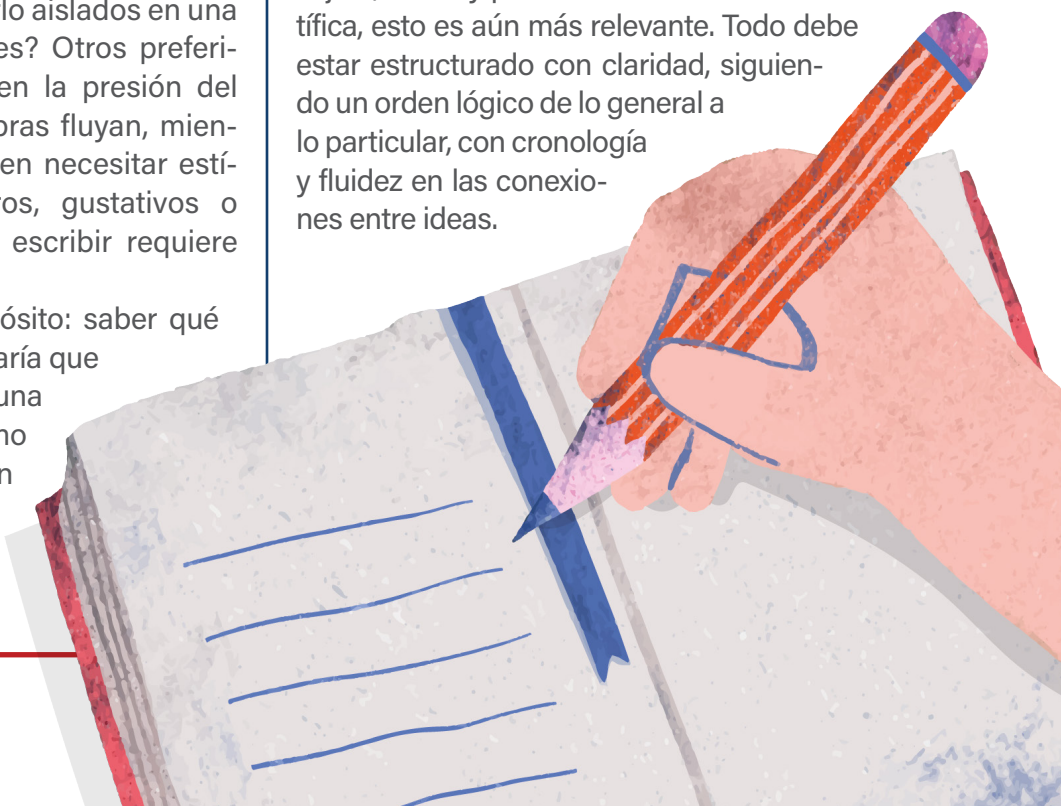
Escribir un artículo científico no es una tarea cotidiana para muchos de los lectores, ¿verdad? ¡El acto de escribir, propiamente dicho, es un arte y una extensión de nuestra voz y mente plasmada en una sencilla hoja de papel! Todos aquellos que alguna vez nos hemos enfrentado a redactar una carta, un correo electrónico o una declaración de amor hemos intentado plasmar nuestras ideas lo más claramente posible en un mundo "ideal". Sin embargo, al releer nuestra llamada "obra maestra", ¡fruncimos el ceño y bajamos la mirada! Pues nada de lo que tenemos escrito cumple con nuestras expectativas, y nos frustramos al tener que empezar nuevamente.

¿Quizás algunos piensen que la forma correcta de escribir es hacerlo aislados en una habitación sin interrupciones? Otros preferirán procrastinar y confiar en la presión del *date-line* para que las palabras fluyan, mientras que algunos más pueden necesitar estímulos adicionales –¡sonoros, gustativos o verbales!—. En mi opinión, escribir requiere dos elementos importantes.

El primero es un propósito: saber qué quieres decir y cómo te gustaría que te lo explicaran. Como diría una gran persona: "¡Explícalo como si lo fueras a exponer a un niño de kínder para generar el cuerpo; luego enriquece el texto, vistiéndolo y calzándolo!". El segundo elemento necesario para escribir es la "inspiración-imaginación". Aunque estas dos palabras parecen tener significados distintos según el diccionario de la Real Academia Española, en la práctica cotidiana crean una simbiosis tan importante que una no puede funcionar sin la otra. Como diría la canción: "¡Cómo vivir sin aire!". La inspiración nos da las palabras iniciales, mientras que la imaginación brinda la llave a nuestra mente para entrar en trance y liberarnos a escribir.

Existen, por supuesto, otros factores que ayudan en el proceso de escritura, como el conocimiento del tema –para lo cual la lectura es fundamental—, el manejo de herramientas –¡especialmente en inglés, idioma primordial en la ciencia!—, y las facilidades tecnológicas con las que se cuente –¿una silla cómoda y una PC de última generación no suenan mal?—. También es clave administrar el tiempo, un recurso que gastamos sin medir las consecuencias. El tiempo puede jugar a favor o en contra: si es abundante, podemos caer en estrés mental por tener demasiadas ideas que no logran organizarse; si es escaso, podríamos desarrollar nuestras ideas de manera insuficiente.

No existe una medida de tiempo perfecta, pero sí una medida de palabras, dictada por las características del documento a trabajar. Es fundamental considerar que, como decía una de mis profesoras: "toda oración debe contener sujeto, verbo y predicado". En la escritura científica, esto es aún más relevante. Todo debe estar estructurado con claridad, siguiendo un orden lógico de lo general a lo particular, con cronología y fluidez en las conexiones entre ideas.



¡Escribir es sencillo para quienes dominan el arte de la pluma, pero puede ser un tormento para quienes carecen de práctica! Si deseas mejorar tu escritura, te invito a prestar atención a tu día a día, tomar notas de tus ideas y ser consciente de que incluso en situaciones cotidianas, como un trayecto en autobús, ¡puedes encontrar inspiración! ¿Un simple anuncio de una bebida energética puede darte la idea para reformular un mecanismo de síntesis o planear un nuevo paradigma?

La inspiración, la imaginación y la estructura de ideas son clave para la escritura, pues son herramientas que todos tenemos. Al escribir un artículo científico, ¡piensa en alguien que seguirá tus pasos! Tal vez otro estudiante en alguna parte del mundo intentará reproducir lo que tú lograste con tanto esfuerzo. Piensa en cómo te hubiera gustado leerlo y cuál sería la mejor forma de explicarlo.

Con ideas claras, ¡deja de martirizarte y de pasar horas frente a la computadora sin escribir una sola palabra! Sal, camina, inspírate en la naturaleza, toma notas de ideas, palabras, formas, colores y olores. ¡Todo ello te ayudará a escribir una, dos o tres mil líneas! Buenas o no, ¡son ya un logro! Lo que queda es tomar ese diamante en bruto y pulirlo para generar tu documento final.

Si, a pesar de todos tus esfuerzos, no logras escribir, no queda más que recurrir a métodos extremos: fe, paciencia y café. ¡Te aseguro que no hay obstáculo que no puedas superar! Comienza poco a poco: escribe, comparte tu documento con amigos, compañeros y maestros para que lo lean y te retroalimenten sobre cómo mejorarlo. Gradualmente, te irás dando una idea de cómo hacerlo mejor.

Lo más importante es no darte por vencido. Nunca dejamos de aprender; todos, sin excepción, seguimos incorporando nuevas frases y significados que vamos adaptando a nuestras costumbres, habilidades y estilo. Nadie es experto absoluto en el tema, pero tú lo eres en lo que has trabajado. ¡Deja atrás el miedo, la vergüenza y la apatía! Escribe, déjate llevar y verás los resultados.